

ENTREVISTA A LOWELL GUDMUNDSON

*Entrevistadores: Elizabeth Fonseca C.
Mario Samper K.*

R.H. ¿Cuál es su concepto de Historia Social?

L.G. Bueno, resulta un poco irónico que me pregunten a mí sobre una definición de Historia Social, una persona que como alumno universitario nunca llevó un curso ni de Sociología ni de Antropología. Hasta se puede decir que mi única formación en Ciencias Sociales fue en la historia del pensamiento político. Para contestar la pregunta, y sin el afán de convertir esto en un paseo autobiográfico, diría que el comienzo de mi interés en este campo tiene que ver con el estudio de la política. No diría la ciencia política sino la teoría política clásica, y si bien es cierto que cambié de campo, de las ciencias políticas a la Historia, fue más bien con la idea de profundizar en el trasfondo histórico de las cuestiones clásicas en la política. Yo estudié no mucho pero quizás suficiente tiempo ahora, en una Universidad donde para ser freudiano o marxista se lea a Freud o a Marx directamente y no únicamente a sus intérpretes más recientes.

Entonces, el interés mío en Historia en general y en la historia social, específicamente, proviene directamente de mi interés en las cuestiones clásicas en política. Es por eso que me resulta un poco incómodo o un poco estrecha la definición, muy útil con fines de investigación por cierto, pero la definición bastante estre-

Lowell Gudmundson. Estadounidense. Doctorado en Historia en la Universidad de Minnesota. Profesor de la Universidad de Oklahoma, y anteriormente en la Universidad Nacional y la Universidad de Costa Rica. Autor de *Costa Rica antes del café*. (Editorial Costa Rica, 1987).

cha de historia social como el estudio de la estructura social, de los movimientos sociales y de las mentalidades colectivas, porque tengo la idea más bien de que la historia social es la historia de la sociedad y más específicamente la historia de las relaciones humanas, o interrelaciones sociales. Entonces, si estudiamos las interrelaciones sociales, muchas veces son relaciones que algunos considerarían económicas, o que algunos considerarían políticas, y de hecho especialistas en historia política y económica reservan con derecho propio este campo de estudio. Básicamente, el estudio de las relaciones humanas presupone una estructuración, una jerarquización de esas interrelaciones. Dicho de otro modo, es el estudio del poder, pero no del poder en el sentido estrechamente político, formal, sino en el sentido del tener, el ejercer, el compartir, el disputar el poder en todas las esferas de la vida humana incluida la doméstica. Es por eso que lo que yo entiendo como historia social muchísimas veces podría incomodar a los que se especializan en historia económica, demográfica o política, porque no la concibo ni como síntesis ni como simple agregación de aportes sectoriales. Al contrario, la considero como el eje de una comprensión y del estudio de las sociedades. Las relaciones entre los grupos y los individuos humanos en todos los casos reflejan tanto una estructuración como el ejercicio compartido o desigual del poder, pero el poder ni partidista, ni necesariamente legitimado formalmente, sino en el sentido clásico del pensamiento político, de donde proviene mi propio interés en este campo.

R.H. Con ese concepto amplio de historia social, que creo no abarca toda la historia y no es sinónimo de historia a secas, sino de una historia que no segrega sectores pero se concentra en las relaciones sociales, ¿usted podría hacer un balance de lo que se ha hecho y de lo que se ha dejado de hacer en historia social en Costa Rica?

L.G. Es un poco difícil porque, por supuesto, uno tiene sus preferencias y sus favoritismos en términos bibliográficos y, al mismo tiempo, uno es producto de una época muy limitada, muy concreta, producto de una inserción en la comunidad universitaria costarricense de la década pasada. Entonces, mis opiniones reflejan esa experiencia, tal vez más que un balance puramente "objetivo" de lo que se ha hecho o no se ha hecho. Pero sí hay unos comentarios, unas impresiones, que tengo de lo que se ha hecho en Costa Rica. Consta que, en cualquier marco comparativo, mucho se ha hecho en Costa Rica, pero hay características muy peculiares de la producción en historia social en Costa Rica. Tal vez la primera

peculiaridad es que hay un rompimiento, hay una bifurcación de caminos hacia la historia social en Costa Rica que se refleja todavía en la actualidad.

Antes de referirme a esta bifurcación tendré que aclarar que, por un lado, lo más interesante, lo más llamativo de la producción de la historia social en este país cuando yo empecé a trabajar aquí, a principios de la década pasada, fue que se hacía no por historiadores sino por sociólogos, politólogos, personas que incursionaban en la historia social, que adelantaban tesis muy, muy llamativas pero sin ser historiadores. Estoy pensando realmente en los casos, en primerísimo lugar, de José Luis Vega y, en segundo lugar tal vez, de Samuel Stone y de Edelberto Torres, aunque este último por su aporte comparativo más bien. Lo que me atrajo lo que me llamó la atención fueron estos realmente novedosos, llamativos e intrigantes aportes en la historia social, y la contribución de estos autores sigue vigente hoy en día. Realmente han definido la problemática y los planteamientos por seguir, tal vez más que los mismos historiadores.

Ahora, por el lado de la producción historiográfica como tal, hay unas consecuencias muy positivas y otras no tan positivas de la renovación historiográfica que se produjo aquí a principios de la década del setenta, sobre todo gracias a la labor de Ciro Cardoso y Héctor Pérez. Y tiene que ver con el impacto que tuvieron sobre una generación historiográfica en este país. Ese rompimiento esa renovación, esa bifurcación privilegió, hasta cierto punto, el estudio de la historia económica y, en segundo lugar, de la historia demográfica. Esto contribuyó a que aquí se viera la historia social no como una continuación del trabajo de generaciones anteriores, muchas veces una producción muy elitista y muy limitada pero a fin de cuentas una forma de adentrarse en el conocimiento histórico, sino más bien la historia social como una deducción lógica o un apéndice del trabajo sobre todo en historia económica. Usted verá que en muchas tesis, en muchos planteamientos, en muchos proyectos muy amplios y globalizantes de historia costarricense existe y perdura la expresión historia económico-social, cosa que nunca me parecía tener mucha lógica. Por lo menos diría que no me fue muy atractivo, puesto que lo social parecía ser deducción lógica o apéndice de lo económico.

El aspecto muy positivo de este desarrollo es que algunos de los aportes más importantes a la historia social han sido precisamente producto o subproducto de tesis o de investigaciones que explícitamente buscaban hacer historia económica. Para citar simplemente dos ejemplos; las tesis de licenciatura de Víctor Hugo Acuña sobre el tabaco y la de Carlos Rosés sobre el cacao que

son trabajos eminentemente enmarcados en la historia económica, pero que aportan muchísimo de utilidad para historia social, sin plantear explícitamente eso como su fin, como su objetivo o como el objeto de estudio. Quizás es simplemente reflejo del buen sentido y de la diligencia, y el talento, de los investigadores en cuestión, pero desgraciadamente no todos los trabajos de corte económico-social aportaron tanto a lo social como estos dos.

En cuanto a la producción historiográfica tradicional, esa renovación también tuvo consecuencias, si no negativas, por lo menos inesperadas, en cuanto a la continuidad de la producción mal llamada tradicional. En esa época, precisamente en obras de Carlos Meléndez, en obras sobre todo de personas como Oscar Aguilar y, hasta cierto punto, Chester Zelaya, se estaban esbozando por la ruta tradicional, una problemática, un temario que partía de lo que yo llamaría historia de la élite o historia política en su sentido tradicional, pero con el fin de entender o a las mentalidades de la élite o a la experiencia de grupos no exactamente de la élite. Esa producción historiográfica realmente no floreció. No tuvo la misma aceptación o empuje que lograron los estudios más directamente económicos y demográficos con el fortalecimiento institucional de la historia como disciplina en Costa Rica. El ejemplo que me parece más claro en este sentido fue la curiosa muerte prematura del debate muy interesante entre José Luis Vega y Carlos Araya sobre la minería. Tuvo un carácter eminentemente político-social, más que económico. Sin embargo, los posteriores trabajos de Carlos Araya tienden, creo yo, a reflejar el impacto privilegiador de la historia económica precisamente, debido a los cambios de mediados de la década del setenta que comentamos. Esto yo lo veo si no como una consecuencia negativa por lo menos una consecuencia muy inesperada que, en alguna medida, hace truncar una línea provisional de apertura a la historia social al privilegiar, quizás con buenos motivos, con buenas razones, el estudio económico y demográfico.

Bueno, en resumidas cuentas, lo que aquí se ha hecho en historia social es más bien una combinación de la consecuencia lógica de la historiografía tradicional, elitista, política en manos muy hábiles de personas que todavía contribuyen, pero cuya ruta a la historia social ha sido un tanto descuidada por la siguiente generación, y una especie de subproducto de la tendencia de privilegiar el estudio de la estructura económica, un subproducto muy valioso, muy inteligente, muy bien dibujado, pero no explícitamente un estudio de la historia social. En otros campos del saber en que uno podría esperar una contribución a la historia social, por ejem-

plo el estudio de las clases obreras, el estudio de cuestiones relacionadas con la familia y la vida cotidiana, yo diría francamente que apenas se plantean en estos días y muy poco se ha hecho hasta el momento.

R.H. Lowell, en su investigación doctoral usted enfatizó el papel democratizante en sentido socioeconómico de la expansión cafetalera en el Valle Central de Costa Rica durante el siglo XIX. Recientes estudios sobre colonización agrícola y legislación agraria parecen resaltar las tempranas desigualdades en la apropiación de la tierra durante el proceso colonizador. ¿Cuál es su visión actual al respecto?

L.G. Quizás no sería muy elegante decir que la misma, pero quisiera contestar la pregunta aclarando un poco el término democratizante y el sentido o la intencionalidad directamente provocadora o atrevida del término, para luego comentar sobre cómo interpreto los estudios recientes sobre colonización.

En primer lugar, al hablar del papel democratizante del café lo que yo quería decir —y utilicé el término precisamente para provocar una reacción en la discusión— era que para mí el café condujo si no a la creación literalmente, por lo menos a la gran proliferación de productores mercantiles cada vez más especializados en el café, y eventualmente a la consolidación de una pequeña burguesía agraria. Con eso quería decir que con el café aumenta tremendamente el número y el predominio de los pequeños propietarios de la tierra, mucho más allá de lo existente en el régimen colonial. Así que, lo que quería decir era democratizante en comparación con la colonia, no tanto estrictamente en sí.

Al mismo tiempo utilicé el término democratizante para provocar y tal vez obligar a una reflexión no sólo sobre el contraste entre la colonia y la época cafetalera, sino para llamar la atención sobre el papel sumamente ambiguo de los pequeños productores y posteriormente de la pequeña burguesía agraria. De hecho tiene un contenido y un papel democrático, democratizante, pero el término en sí es ambiguo al igual que su posición clasista. Repito, utilicé el término a propósito, para que los lectores tuvieran que razonar sobre cuál es el papel de este grupo mucho más predominante numéricamente con el café que antes.

Sigo pensando que el impacto global del café fue esa transformación de clases sociales que creó la base parcelaria de pequeños productores, más que simplemente heredándolo de la colonia y que fue un proceso importante, democratizador, sin que se confunda el concepto democratizante o de democratización con una

serie de valores absolutos o situaciones idílicas o igualitarias. Creo que ha habido mucha confusión entre los lectores, confundiendo ese sentido pequeño-burgués, bastante concreto, de lo democratizante, con la perfecta igualdad o una serie de aspectos igualitarios que, lógicamente, se confunden con el concepto de democracia. Pero no fue mi intención confundir, sino provocar una reflexión precisamente sobre esa ambigua correlación entre igualdad y democracia, entre la colonia y la época cafetalera como fuente de la pequeña propiedad de la tierra.

En cuanto a los recientes estudios sobre colonización y migraciones, yo creo que lo que se puede decir es que, más que todo, arrojan conclusiones variables, lógicamente, puesto que estudian experiencias, regiones, períodos y zonas variables. Todavía me parece factible argumentar que en la temprana y contigua colonización de las zonas cafetaleras predomina una migración ascendente, una migración en donde grupos procedentes de, precisamente, los pequeños productores más acomodados, los favorecidos, son los que predominan y que logran recrear en la nueva zona una sociedad no muy diferente ni distante de la de su origen. Posteriormente, en zonas más alejadas y en épocas en donde el predominio del capital comercial es mucho mayor y las dificultades de traslado son mayores, bien puede ser que intervengan factores de mayor concentración de la tierra, de mayor predominio del capital y de menor éxito de parte de grupos ahora más expulsados de viejas zonas cafetaleras que atraídos simplemente por nuevas tierras aptas para el café.

Sin embargo, yo creo que, en este segundo caso, hay una tendencia en el estudio de zonas en donde aparece una cierta concentración de la tierra, un grado bastante sorprendente de desigualdad si no a exagerar los resultados, por lo menos a no interpretar adecuadamente o desde varias perspectivas los resultados. Con esto lo que quiero decir es lo siguiente. Por un lado, hay una tendencia, como noté antes, de confundir la democratización pequeño-burguesa con la igualdad en sí. Pero si lo que esperábamos encontrar era una igualdad absoluta entre pequeños productores y no la encontramos, no es para decepcionarse realmente. El argumento democratizador no fue carente de contenido clasista. Todo lo contrario, fue desde un principio basado en un criterio de clase, de desigualdad social. Entonces, un grado apreciable pero no arrollador de desigualdad no contradice el argumento.

En segundo lugar, hay que diferenciar muy claramente —cosa que no todos los estudios lo hacen— entre la titulación de la tierra y el subsiguiente sistema productivo, el cultivo, el uso real de la tierra. Si me permiten voy a hacer uso de una analogía con la experien-

cia agraria en Estados Unidos. Si uno compara la experiencia de dos de las compañías ferrocarrileras más grandes en el país— la Great Northern o la Northern Pacific en el norte, y la Southern Pacific en la zona colindante con México— uno ve que en ambos casos las compañías reciben, como forma de pago de sus inversiones, tierras baldías. Pero si en el sur la Southern Pacific mantiene el control de esas tierras por largo tiempo y contribuye así a la consolidación de un régimen de gran propiedad de la tierra, todo lo contrario ocurre en el norte. Allí, las compañías ferrocarrileras se dedican precisamente a la reventa de los terrenos, como forma de generar el poblamiento y, posteriormente, el movimiento de carga de productos exportables, y de lograr un rendimiento y flujo de caja mayores, concediendo la tierra en términos bastante favorables a pequeños productores inmigrantes. Entonces, si uno analiza sólo el proceso inicial de titulación de tierras en sí, puede llegar a conclusiones totalmente falsas en cuanto a lo que ocurre en la zona. Es más, habría que poner atención a la evolución de esos sistemas productivos, porque no es lo mismo hablar de una zona en 1880 y la misma zona en 1920. Entonces, para este tipo de estudios, yo diría que el encontrar un grado indeseable de desigualdad no contradice el argumento bien entendido de democratización pequeño-burguesa. Por otro lado, hace falta estudiar más el sistema productivo que el régimen inicial de titulación de tierras, porque el titular las tierras en grandes cantidades no significa necesariamente que la evolución posterior de esas zonas se caracterizara por esa unidad de producción o unidad de superficie. Eso está por descubrirse, y en algunos de los casos recientes de estudio se tiene una conciencia muy, muy clara de ese problema y se investiga a fondo la evolución. En ese sentido, no voy a decir que mantengo la misma idea exactamente, pero los nuevos resultados no contradicen, creo yo, lo que quería decir con mi término, sino un mal entendido del término, que confunde igualdad absoluta con lo democratizante.

R.H. Tesis recientes han planteado que la sociedad costarricense de fines del siglo XVIII y principios del XIX estaba formada por campesinos y comerciantes, o labrantes y comerciantes. ¿Cómo percibe usted la estratificación social en vísperas de la expansión cafetalera?

L.G. Bueno, en primer lugar, tendría que decir que este planteamiento de relaciones sociales estructuradas representa, independientemente de las reservaciones que plantearé en un momento, un avance bastante considerable sobre el enfoque excepcionalista que

por tanto tiempo dominaba la interpretación de la colonia en Costa Rica. Lo que quiero decir con esto es que el analizar la sociedad en términos de campesinos y comerciantes resulta de mucho mayor provecho, creo yo, que el tipo de análisis que por largo tiempo enfatizaba el estancamiento, la autodeterminación, la independencia y el aislamiento social entre la élite y la supuesta masa campesina autosuficiente. Este tipo de interpretación, que fue dominante por tanto tiempo, la llamaría la tesis excepcionalista. Ha sido una tesis realmente dañina para la interpretación de la Costa Rica colonial, porque hace prácticamente un artículo de fe de que la experiencia colonial costarricense se aparta de cualquier modelo útil de la historia colonial latinoamericana en general. Usualmente se ha planteado en términos de su obvia diferencia frente a la experiencia guatemalteca, o centroamericana en general, pero más ampliamente, y con toda franqueza, esto se ha convertido en una tesis excepcionalista que prácticamente niega la utilidad o la validez de interpretaciones más estructuradas o más comparativas, salidas de la experiencia latinoamericana en general. Por lo tanto, yo veo este nuevo planteamiento como interesante como lleno de posibilidades de análisis, sobre todo los estudios recientes de Molina y el libro influyente de Elizabeth sobre la colonia. Sin embargo, tal vez tenga ciertas reservas, que reflejan mi propia visión de lo que existía a finales de la colonia en Costa Rica, que no reduciría yo a esa expresión campesinos y comerciantes, ni siquiera con el fin o con la implicación limitada de señalar una contradicción fundamental, o la contradicción fundamental de esa sociedad. Más bien, yo dudo de la importancia, o para decirlo de otra manera, del dominio, de la penetración del capital comercial y sus agentes sobre los productores directos y en el proceso productivo en la colonia en Costa Rica. Es decir, este es un tema bastante complicado pero en esta expresión de campesinos y comerciantes, o campesinos y capital comercial, creo que hay cierta tendencia a buscar los gérmenes o raíces de desarrollo cafetalero en la época precafetalera. Se trata de encontrar directamente el dominio naciente del capital comercial, que caracteriza efectivamente a la época cafetalera posteriormente, en la sociedad anterior. Es una interpretación que tiene profundas raíces en las obras de Rodrigo Facio y en los seguidores de él, sobre todo en la reelaboración del punto de vista de Facio en el libro bastante influyente de Rodolfo Cerdas.

Ahora, la excepción o el problema que yo tengo con esa interpretación es que da a entender que la estructuración fundamental en esta sociedad precafetalera se reduce a, o se puede catalogar como, la contradicción entre el capital comercial y sus agentes y los

productores directos que, implícitamente, se profundiza en la época cafetalera, pero no se transforma realmente, simplemente se profundiza. Esta relación se generaliza en la época cafetalera, pero está presente, supuestamente, de manera embrionaria en la sociedad anterior.

En esto mis reservas son las siguientes. En primer lugar, no creo que el capital comercial y sus agentes sean la fracción dominante, si se quiere decir, de la clase dirigente en Costa Rica o en la América Latina colonial por lo general. No recuerdo ahora quien lo planteó así, muy posiblemente fue Assadourian, al decir que lo contradictorio y lo complejo de la formación social colonial de América Latina, estaba en que los conquistadores y el sistema de colonización compartían elementos tanto terratenientes como elementos comerciales, y que el Estado reflejaba esa contradicción interna no resuelta. Más específicamente el régimen o aparato político de la colonia, en muchas instancias y ocasiones, intentaba, consciente o inconscientemente, establecer las relaciones de explotación económica a partir, precisamente del aparato estatal de tal manera que el aparato o superestructura política fue llamado a cumplir tareas que uno podría esperar de una clase económicamente predominante y no del aparato político como tal.

Para mí, a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, la forma más importante de extracción de excedente, de explotación, no es ni ha llegado a ser la relación comercial, capital comercial/pequeño productor, sino la combinación de extracciones de excedente basadas en el régimen ejidal de la tierra, en el cobro del diezmo, en el cobro de los monopolios sobre el consumo y que esa forma, o esa estructura de explotación no se identifica plenamente con el capital comercial y sus agentes. En términos más sencillos, lo que quiero decir con esto es que si se privilegia el estudio de la relación capital comercial/productor directo se pierde de vista, creo yo, no sólo la estratificación socioeconómica sorprendentemente desarrollada tanto de Costa Rica como de toda la América Latina colonial (en otra ocasión lo llamamos el precoz desarrollo artesanal de estas sociedades, rudimentario pero artesanal al final), sino corre el riesgo de perder de vista lo fundamental, aspectos fundamentales de las relaciones de explotación clasista, que no se reducen ni se expresan realmente en esa relación única capital comercial/productor directo. Esto, sin negar en ningún momento que esa relación sea de importancia, e incluso diría de creciente importancia. Pero, para mí, ni el tabaco, ni las innovaciones de principios del siglo XIX logran transformar realmente al campesinado del Valle Central en un campesinado que sufre la explotación predominantemente por la relación directa

con el capital comercial. Más bien, su relación de explotación, típicamente colonial, se confunde consciente e inconscientemente, con el aparato político como tal, y esto es una de las grandes características y paradojas del régimen colonial en América Latina.

Francamente, creo que si hacemos demasiado énfasis en la relación naciente de capital comercial y campesinado, o estamos subestimando la transformación cualitativa que significa el café en el siglo XIX, o por otro lado estamos volviendo por la puerta trasera al argumento excepcionalista en donde lo que conocemos sobre la Hispanoamérica colonial no tiene relevancia en Costa Rica. Efectivamente, estamos en peligro de aceptar aquel argumento típico del excepcionalmente, en donde el campesinado costarricense aparece como inherente y eternamente dispuesto al parcelamiento y la mercantilización y hacemos caso omiso de esa estructura eminentemente colonial, hispanoamericana, que mucho ayuda a establecer la situación local, pese a las grandes diferencias de escala. En fin, me parece un enfoque innovador, muy importante, pero que tiene ciertos problemas de aplicación a la realidad que habría que resolverse para comprobar su eficacia, su relevancia como categoría principal de interpretación.

R.H. Lowell, por otra parte usted ha señalado el papel del mito de la democracia rural y la ideología política contemporánea costarricense, así como la existencia de un sustento real para esa mitificación del pasado colonial, como para cualquier otra mitología ¿hasta qué punto contribuyó la consolidación de un campesinado cafetalero a la vigencia ideológica y práctica del régimen e ideario político democrático en Costa Rica?

L.G. En otra ocasión argumenté concretamente que esta, si se quiere, mitología... bueno, yo más bien dividiría las cosas entre mitología y, por otro lado, ideología. La producción mitológica sirve de punto de referencia, sirve de trampolín para el discurso ideológico, pero no son las dos cosas la misma. En otra ocasión argumenté que la visión mitológica, la interpretación excepcionalista y parcelaria, digamos, de la historia costarricense, ha servido de universo ideológico para el discurso no sólo de la élite paternalista del siglo XIX, sino también para el reformismo, el desafío pequeño-burgués y, es más, incluso en planteamientos supuestamente izquierdistas o socialistas.

Esta visión del mundo sustenta tanto a la expresión paternalista como a sus críticos en el siglo XX.

Ahora bien, yo creo que por ellado ideológico, por el discurso ideológico como tal y el aspecto de la participación política real, directa, el mundo real tanto de las cosas como de las palabras, por ese lado yo creo que es indudable el aporte, la importancia de la economía cafetalera en términos generales y más específicamente de los pequeños productores dentro del café.

Y parece que no es una cuestión que sólo yo haya argumentado; la comprobación está directamente en otras obras, sobre todo las de Vega Carballo y Stone, donde argumentan claramente la dinámica reformista de esta sociedad y de esta economía. Lo que trato de señalar es la importancia que tiene el grupo de pequeños productores, y sobre todo sus capas superiores, en negociar el proceso de reforma política, de acomodo político, de profundización de los elementos democráticos, participativos en este sistema. Eso no es ninguna revelación mía, ni algo que va a sorprender a nadie probablemente. Lo que sí me ha interesado más y lo que he tratado de comprender y desenredar un poco es el sentido, o los múltiples sentidos de la mitificación, de la producción mitológica que sirve de sustento a estas visiones, a estos planteamientos ideológicos, porque tomando el caso, concretamente, de Rodrigo Facio, o el de los partidos de izquierda hoy en día, uno comprende su discurso ideológico y sus relaciones con el mundo real sin demasiado problema aunque sus raíces mitológicas son igualmente evidentes, transparentes.

Lo que sí me resultó muy complicado fue el querer indagar un poco sobre los pasos que se dan intelectualmente, historiográficamente, en la construcción de la mitología. Lo que me parece que se da en este caso es que la estructura de la producción cafetalera da el sustento real para un proceso de sucesiva reforma o democratización, mediante luchas algunas veces muy duras. Pero, en el fondo, en la reflexión historiográfica, hay lo que podríamos llamar una doble mitificación del pasado colonial, como su puesta fuente de este proceso democratizador, de este proceso de reformas, que yo, repito, creo que fue creado por el café y no simplemente continuación y afirmación de la colonia.

Esta doble mitificación es muy curiosa; pareciera negarse, pareciera ser contradictoria internamente, pero que se resuelve en el discurso particular. Por un lado, el insistir en que el pasado colonial se caracteriza por el aislamiento y el surgimiento, consolidación de la pequeña propiedad de la tierra, tesis que aparece muy claramente en la obra de Carlos Monge Alfaro y que se repite posteriormente, es una mitificación que prácticamente puede borrar la diferencia entre la época cafetalera y la época colonial, por el abrazo demasiado fuerte que da, precisamente, este enfoque a

la época colonial. Si se argumenta que la pequeña propiedad surgió en la época colonial, entonces el papel realmente único del café es el de socavar o destruir esa herencia, si no eterna por lo menos de larga duración. Hasta cierto punto se justifica, o se intenta justificar las políticas reformistas con base en la idea, tal vez simplista, de que desde tiempos inmemoriales ha existido como reza la documentación colonial, que desde "tiempos inmemoriales" ha existido, ha triunfado esta forma de propiedad. Por lo tanto, con más razón, con más justificación tenemos que rescatarla, tenemos que protegerla. Ahora, de hecho he planteado algunas diferencias de opinión sobre el origen de esto, pero en este abrazo caluroso y fuerte de la ideología reformista para con la época colonial, yo creo que vemos un elemento de esta mitificación.

El otro elemento de la mitología pareciera entrar en contradicción. Sin embargo, es una contradicción que se resuelve políticamente. Aquí, los autores enfatizan al mismo tiempo la extrema pobreza, el extremo atraso, el aislamiento, en sentido negativo. Creo que es evidente que el intento, el objetivo implícito aquí es resaltar las mejoras subsiguientes que el régimen, o bien el cafetalero, centenario, o bien el reformista posterior a 1948, ha deparado en la sociedad costarricense. Entonces, por un lado queremos la colonia, y la queremos muy de cerca, porque nos dio la pequeña propiedad que es nuestra bandera y etiqueta excepcional y, por otro lado, queremos escapar de ella, debido a la extrema pobreza y atraso que caracterizó a esa época. Esas dos mitificaciones me parece que son contradictorias, pero es una contradicción que se resuelve en la práctica política. Eso sí, insistiría en que son mitificaciones con propósitos ideológicos. La Costa Rica colonial no fue un prototipo emergente, embriónico del régimen cafetalero y, por otra parte, no fue tan aislado, tan extremadamente pobre, tan excepcional como se quiere tener en esa visión.

Más que el análisis del juego político/ideológico en sí, lo que me ha interesado es la base de mitificación o de mitificaciones que sirven de sustento a este discurso, tratando de ver la cobertura muy amplia que tiene y sus contradicciones internas, no sólo en el discurso reformista de los seguidores de Rodrigo Facio, sino en las posiciones paternalistas anteriores y en las ultracríticas de izquierda hoy en día, que pretenden rechazar el reformismo faciano pero que a veces trafican en la misma mitología de base.

R.H. En las investigaciones sobre historia agraria costarricense ha comenzado a enfatizarse el papel de la pequeña burguesía rural en el desarrollo del capitalismo agrario, pero salvo en su trabajo y en el

de Héctor Pérez, son escasas las referencias comparativas. A la luz del debate internacional sobre este tema en el reciente simposio sobre la sociedad cafetalera ¿qué rumbos señalaría usted para el análisis comparativo en historia social agraria?

L.G. Si bien es cierto que la bibliografía existente sobre cuestiones de historia social o historia agraria en Costa Rica tal vez no se destaca por su afán comparativo, tampoco es cierto que, como decían, las referencias son realmente escasas. En los mejores trabajos, las referencias no son tanto escasas como envidiosas, destacando el excepcionalismo del caso costarricense. Por el lado más positivo del asunto, yo creo que las obras de base para cualquier estudio de la historia social en Costa Rica, obras como la de Samuel Stone, la de Carolyn Hall, y las de Vega Carballo, por lo menos intentan utilizar —y lo logran bastante bien en ciertos casos— referencias comparativas, si no necesariamente sistemáticas, por lo menos llamativas. Así es que yo creo que hay una tradición hay elementos de una tradición comparativa, aunque tal vez no se destaca como el aporte más grande de las obras en cuestión.

En cuanto al análisis comparativo, quizás lo podríamos dividir en dos categorías más o menos grandes. Por un lado, el análisis de la colonia y de la transición al café, el análisis de la tardía colonia y de la primera mitad del siglo XIX, puede enriquecerse realmente con una comparación más sistemática y una comparación menos excepcionalista con la literatura sobre muchas otras regiones latinoamericanas, y sobre situaciones europeas también, que no valdría la pena mencionar en detalle aquí. Ya la habría dicho en respuesta a otra pregunta quizás, pero corrientemente en Costa Rica se han planteado las grandes diferencias entre la experiencia costarricense y la del resto de Centroamérica, o de México, o de otro caso que se tomaba como caso arquetipo, caso paradigmático, digno de comparación en América Latina. Sin embargo, hay una literatura creciente sobre lo que algunos llaman, despectivamente con seguridad, zonas periféricas, o zonas secundarias en el imperio español en América, o en las zonas periféricas del Brasil. A mí me parece que esta literatura sí nos da pistas, elementos de comparación que serían muy, muy útiles. No me he cansado de leer sobre historia colonial colombiana, por ejemplo, que ofrece un paralelismo enorme. Hay regiones en Centroamérica y en Panamá que no son tan diferentes a la experiencia costarricense, como muchas veces se ha pensado. Así que, lecturas sobre regiones, o bien coloniales o bien de la época independiente, y experiencias con verdaderas posibilidades comparativas, no de obligaciones de

descartar la comparación como se ha hecho corrientemente, ofrecen oportunidades reales que no han sido aprovechadas debidamente.

En cuanto al análisis comparativo en la época cafetalera como tal, otra vez tenemos una cierta ventaja reciente. Ultimamente se han publicado muchos estudios sobre zonas que, otra vez, seguramente serían más bien periféricas o provincianas en otras naciones latinoamericanas, sobre todo en México; zonas en donde la experiencia del siglo XIX ofrece muchos paralelos, muchas perspectivas útiles para la comparación con el caso local. No voy a entrar a citar títulos aquí, pero llama la atención la comparación con zonas no exactamente "vacías" (nunca me gustó ese término), sino zonas de poblamiento reciente, en respuesta precisamente a la creación del mercado mundial o nacional, donde vienen a desarrollarse las relaciones mercantiles de producción desde un principio. Casos como el de Venezuela, como Colombia, como México, ofrecen una literatura creciente sobre esta problemática, que puede reflejarse provechosamente en el trabajo que tenemos que hacer aquí.

Por otra parte, para la época en cuestión yo creo que es indispensable —y con ello no quiero decir que sustituye a la comparación bibliográfica temática— una revisión de la literatura tanto antropológica como teórica en cuanto a la producción mercantil, en cuanto a la pequeña propiedad dentro de la agricultura, como forma de producción y de transición al capitalismo agrario. En esto la lectura para mí ha sido sobre todo antropológica, de la literatura escrita por teóricos antropológicos; en gran parte la literatura alrededor de la diferenciación interna del campesinado, la literatura de orientación marxista sobre la producción mercantil simple. Este tipo de lectura es sumamente útil y necesario. Sin embargo, me preocupa que no se sustituya la literatura teórica y el planteamiento teórico, esquemático por la lectura y el conocimiento de comparación temática, de comparación de experiencias, porque como bien lo dijo alguien, no es marxista (o estructuralista o lo que sea) el que quiera, sino el que pueda. Francamente, aprendo mucho más de un autor que demuestra el manejo del método y que demuestra los alcances de sus perspectivas en un trabajo empírico, que de una reflexión abstracta, esquemática. No soy tan empiricista como para afirmar, con Jefferson, que el conocimiento del individuo es cotérmino con los alcances de su experiencia propia, pero pienso que pueda ser una buena hipótesis de trabajo frente a la lectura teórica, a la vez que un llamado a la modestia intelectual teórica. Entonces, si enfatizo la necesidad de esta bibliografía teórica y su utilidad, no dejaría de plantear una

preocupación de que no se sustituya la comparación temática bibliográfica por un planteamiento que, por su rigidez teórica, pierde, hasta cierto punto, contacto muy útil con otras experiencias empíricas que invitan a la comparación.

R.H. Casi todas las acepciones de historia social incluyen como objeto de estudio los movimientos sociales, entendidos ya como interacciones fluidas entre actores colectivos, ya como formas organizativas más bien institucionalizadas. Usted mismo publicó hace varios años un estudio sobre los movimientos campesinos en Guanacaste donde integra variables socioeconómicas, sociopolíticas y culturales. ¿Cuál es el balance sobre la evolución reciente del estudio de movimientos sociales en Costa Rica?

L.G. Antes de plantear alguna opinión al respecto, sí quisiera decir que aquel trabajo que mencionó sobre Guanacaste fue un trabajo hipotético, fue un trabajo más interpretativo que global o recabado, integrado, convincente. Fue un trabajo intencionalmente hipotético y especulativo, realmente especulativo, que pretendía utilizar el método de interpenetración de ideas, por un lado, y de base socioeconómica por otro. Lo publiqué cuando aún creía que entendía bien al campesinado guanacasteco (ilusión de la cual he sido curado desde entonces), y a estas alturas lo que me gusta del trabajo es más bien el intento, el método, más que los resultados o la interpretación ofrecida allí. A veces pienso que los lectores han puesto menos atención al método, y demasiado a los "resultados" de interpretación, haciéndolo menos especulativo y más pretencioso de lo que fue mi intención.

En cuanto a este tipo de estudio en Costa Rica, lo que realmente sorprende es su poco desarrollo. Realmente sorprende, porque si hay algo que llama la atención para tema de tesis o para tema de proyecto de investigación, lo que debiera llamar la atención, son precisamente los movimientos sociales. Haciendo un conteo de todos los trabajos, independientemente de su planteamiento, enfoque, calidad, si uno hiciera un conteo simplemente de los trabajos existentes sobre movimientos sociales, difícilmente pasa de los dedos de las dos manos. Y eso sí es muy sorprendente. Creo que hay algunas razones, hay algunos motivos, para explicar este demorado desarrollo del interés por investigar sobre movimientos sociales en Costa Rica, pese a su atractivo obvio. Con esto no quiero achacar culpas en el asunto, o faltas de interés en el asunto, pero creo que hay algunos motivos, algunas razones que explican esto. Lo voy a plantear en términos comparativos otra vez. En

muchas historiografías nacionales, muchísimas, el estudio de movimientos sociales y el estudio de mentalidades colectivas, como parte del estudio de los movimientos sociales, tiende a surgir por un lado, creo yo, de la historiografía tradicional sin más, la historia politizante, la historia intelectual de la élite. Recibe su problemática a partir de esa base, realmente. Por otra parte, nace de la historia, digamos de izquierda, o la historia popular, la historia contestataria, por lo menos en los países de Europa occidental y en los Estados Unidos, enfocando o bien la clase obrera industrial, urbana, o bien la historia de grupos populares como reto, como desafío a la llamada historia tradicional e intelectual. Lo que quiero decir es que, por un lado, se procede de una base de trabajo sobre la historia intelectual y política, en el sentido estrecho de la élite, y a partir de ahí se generalizan estudios que no dejan de ser bastante tradicionales a fin de cuentas, pero que abarcan movimientos sociales, mentalidades colectivas, desde esa perspectiva historiográfica. Por otra parte, va creándose, va gestándose una alternativa a esa visión, un desafío, que privilegia el estudio de las clases obreras y que realmente va en busca de movimientos existentes —y a veces inexistentes— de esas clases, con fines reivindicativos.

Ahora, en el caso de Costa Rica, creo que tiene algo que ver con esa bifurcación que comenté al principio, ese no continuar, no profundizar en la historia política tradicional, producto inesperado del rompimiento/renovación historiográfico de la década del setenta. Hay una serie de temas que realmente sorprenden que no hayan sido investigados dentro de esa línea de historia política tradicional, de historia de las instituciones, digamos, y de los movimientos sociales que conducen a esa institucionalidad. Para poner un sólo ejemplo, en cuanto a la época del llamado Olimpo, de Ricardo Jiménez y Cleto González Víquez, yo llevo por lo menos quince años ya de estar esperando un trabajo de investigación, que alguien realizara un trabajo de investigación sobre las reformas municipales de Ricardo Jiménez, que son eminentemente movimientos sociales que, desde una tradición de historia política debían haberse abordado ya hace mucho tiempo. A la fecha todavía estamos en espera de un trabajo de ese tipo. Lo que existe, francamente, son unos trabajos muy útiles, por cierto muy útiles, de la generación procedente de 1948. Los varios trabajos de Eugenio Rodríguez sobre la época, el sabor de la época de Ricardo Jiménez, de las ideas de aquel entonces, constituyen para mí el equivalente a la historia política tradicional que, en otras latitudes, establece la problemática, establece la periodización, los

temas y que estaría por desarrollarse para los movimientos sociales desde una perspectiva ya tradicional ya contestataria. Por algún motivo no se ha hecho muy ampliamente aquí y sospecho que tiene mucho que ver con los cambios profesionales en el campo de la historia durante los setenta.

En segundo lugar, la naciente tradición de historia obrera o de historia popular ha sufrido realmente. Ha sufrido no sólo por lo tardío de su emergencia como disciplina, sino por una marcadísima tendencia a una historia institucional y no una historia clasista o una que defina la clase obrera en términos mucho más amplios que en sus conquistas institucionales o en los brotes de movimientos sociales, huelgas o ese tipo de cosas. Sólo muy recientemente, en gran parte gracias a una influencia comparativa creo, se está definiendo a la clase obrera o, más ampliamente, a grupos populares en términos de su vida cotidiana, su existencia real, global y no únicamente en términos de sus conquistas institucionales o sus movilizaciones esporádicas —porque francamente son esporádicas— como si eso fuera una historia obrera o popular suficiente y global.

Ahora, este fenómeno de hecho se repite, o este fenómeno en Costa Rica es una repetición, hasta cierto punto, de la experiencia en otras latitudes. La historia popular, la historia obrera en Estados Unidos, por ejemplo, comenzó básicamente así; una historia de la institucionalidad y de lo político de los movimientos sociales obreros. En los últimos veinte años, aproximadamente, se ha profundizado más bien en un sentido más social de clase obrera. Sería de esperar que aquí ocurriera lo mismo. Lo que sí es un poco deprimente es, como dije al principio, la escasa cantidad de estudios de cualquier tipo sobre movimientos o grupos populares. Ultimamente hay un pequeño estudio sobre el precarismo rural en tiempos muy recientes, pero igual que con las historias de la clase obrera hasta 1930, escritas por Vladimir de la Cruz y Carlos Luis Fallas, ésta es una historia de la institucionalidad y del fenómeno esporádico, fenómeno violento o de fuerza directa. No son estudios que intentan penetrar en la vida cotidiana, en la vida y la naturaleza de clase de estos grupos, aunque la obra de De la Cruz constituye una que podríamos llamar contestataria, formada dentro de las líneas y métodos de la historia política tradicional, pensarán lo que pensarán sus mentores/inquisidores de la generación historiográfica anterior sobre el material y las conclusiones de la obra.

En Costa Rica lo que tenemos, francamente, en cuanto a la historia de movimientos sociales, es una historia “pre-Thompsoniana”,

y subrayo "pre Thompsoniana" porque es una historia que ni siquiera plantea la historia social en términos contemporáneos, sino más bien parte de la tradición de historia política, desafiándola ideológicamente, pero no desafiando sus métodos, sus limitaciones, sus problemas básicos. En este punto no puedo dejar de notar que el ámbito intelectual latinoamericano presenta problemas específicos para plantear un concepto más global de historia social. Con esto me refiero a la marcada tendencia, no sólo en Costa Rica sino en todos los países latinoamericanos, parte de una tradición continental europea más que sólo latinoamericana, de ver la historia como tal, y de ver la historia de movimientos sociales en términos que, para los norteamericanos, parecen bastante elitistas, tendientes a privilegiar el estudio de la dirigencia, el estudio del manejo de la masa por la dirigencia, el estudiar los cuadros y no las masas, el estudiar las manifestaciones institucionales y políticas de movimientos sociales, tanto ideológicas como prácticas, en vez de enfocar las masas constituyentes de los movimientos sociales. De hecho reconocemos que la tendencia empiricista e individualista/romántica en Estados Unidos tiende a premiar el estudio de la vida cotidiana, apolítica, autodeterminada, hasta cierto punto. Pero creo que la contratendencia es igualmente nociva en América Latina, de enfocar sólo lo institucional, lo político, lo dirigencial, realmente a expensas de una comprensión del mundo de donde surgen estos fenómenos. En mis últimas lecturas sobre un tema predilecto, la historia del populismo norteamericano, el contraste se me planteó muy fuertemente, al comparar la literatura izquierdista novedosa en Estados Unidos sobre esta experiencia, con un libro reciente de una muy conocida investigadora italiana, con las mismas preferencias políticas de izquierda. Sin embargo, en manos estadounidenses la historia es una de las masas y sus experiencias básicamente, una historia de reconstrucción sociológica del mundo de donde surge el movimiento que involucra a las masas, mientras que la historia escrita por la investigadora italiana es una sobre todo del apoyo de las masas para una dirigencia política que toma casi todas las decisiones. Ahora, bien puede ser que ella tenga razón, pero creo que es un reflejo más bien de prejuicios y de estilos historiográficos que de diferencia de opinión acerca de lo que ocurrió en la experiencia real. Entonces, en el caso de la historia de movimientos sociales, tal vez una parte de la razón por su escaso número, por el escaso interés que han demostrado los investigadores aquí, tiene que ver con ese prejuicio enorme que hay, creo yo, a favor de lo institucional, lo formal, lo que haya sido legitimado por ley; en fin, lo que esta cultura valoriza.

R.H. Algunos investigadores sostienen que para comprender los problemas actuales, basta con estudiar la historia más reciente. ¿Qué opina usted al respecto?

L.G. Yo no podría estar de acuerdo con ese planteamiento, pero primero voy a mencionar algunas razones que me llevarían a estar de acuerdo con él, para luego pasar a las razones que me llevarían a estar en desacuerdo. Hay cierta lógica superficial y un componente verídico dentro de esa afirmación. Muy posiblemente se podría decir que para fines políticos concretos, para la lucha político-ideológica, o como quiera llamarse, el conocimiento de la evolución histórica reciente es suficiente. Para tomar un ejemplo que viene en mente y que es de interés propio en investigación, si uno quiere conocer el carácter de clase y las posibilidades de colaboración política clasista del movimiento cooperativista en Costa Rica hoy en día, probablemente sería suficiente conocer la evolución de los participantes en éste en la década del 60 o del 70. Probablemente tendría su componente verídico afirmar que, conociendo a los cooperativistas hoy, hay ciertas bases de proyección hacia adelante en cuanto a su comportamiento. Entonces, si el interés es estrechamente político o ideológico, posiblemente haya algo de cierto en esa afirmación.

Sin embargo, yo estaría en desacuerdo radical y fundamental con esa afirmación por dos motivos algo diferentes, uno que es políticamente defendible y otro que no lo es, pero que es más importante para mí personalmente que la cuestión política. Para conocer la trayectoria de un grupo social, aún en lo político únicamente, es falso decir que su evolución reciente es suficiente. Como lo dije, creo que fue Genovese, en algún momento, una vez constituidas las ideas por las fuerzas materiales de la vida, desgraciadamente para los mecanicistas, esas ideas no dejan de existir y siguen teniendo resonancia. El concepto de cultura, en su sentido más amplio, señala precisamente la continua relevancia, vigencia de actitudes frente a los planteamientos que, en un momento dado, bien puede ser que no responden a las realidades concretas del momento, y no por ello dejan de tener relevancia. Caso concreto que mencionamos, el de las cooperativas, habría que saber de dónde proviene la gente socialmente, no solamente su posición estructural, material, propietaria en un momento dado. Cuáles son sus creencias, si es que esas creencias datan de una experiencia histórica anterior, y no solamente de un cálculo exacto, inmediato de su condición contemporánea. Otro ejemplo muy claro de este punto de vista, que traté de desarrollar en el libro sobre Costa Rica antes del café fue lo engañoso del planteamiento mitológico

faciano, tanto en manos izquierdistas como en manos de los apologistas, la visión hegemónica reformista en el poder. Con esto quiero decir que, si no comprendemos el pasado bastante lejano, francamente, nunca llegaremos a un planteamiento adecuado de las posibilidades reales en la actualidad. No es suficiente conocer la evolución en los últimos treinta años de la economía cafetalera para comprender las posibilidades reales de su superación, de su evolución futura, puesto que cuestiones ideológicas de suma importancia datan de épocas anteriores realmente. Por lo tanto, aún limitando nuestra visión a la cuestión política o ideológica, no es cierto que un conocimiento del pasado reciente sea suficiente.

Ahora voy a pasar al argumento que no tiene defensa política. Es un argumento quizás romántico, idealista, personalista, si así se quiere, pero creo que es un argumento que, al fin de cuentas, uno tiene que defender a su manera. Es básicamente lo siguiente. Creo que todos nosotros, si trabajamos en historia, lo hacemos por voluntad propia. No hay ni esclavitud entre la actual fuerza laboral, ni tampoco hay, sociológicamente hablando, factores de abrumadora presión que nos dirijan a este campo. Tampoco creo que los politólogos, los filósofos, los filólogos y muchos otros especialistas están en su tarea investigativa por presión sociológica, por obligación, o por algún tipo de condicionamiento económico-social. Entonces, si estamos en esto será por el placer y por la satisfacción que nos da realmente el conocimiento histórico, por más parcial que sea.

Abstrayéndome, tal vez ingenuamente, pero abstrayéndome totalmente del contexto, transportándome al siglo XXV, o la época postclasista, o posthistórica, suprahistórica, si es que podría existir tal cosa, yo sigo pensando que a los que lean un aporte ya a esas alturas, les va a causar el mismo sentimiento, la misma reacción de placer y de satisfacción que me causa a mí leer trozos bien hechos del siglo XVIII, o del siglo XIX, interpretaciones penetrantes, realmente atractivas, por el componente humano e interpretativo, la inteligencia y comprensión que demuestra esa labor. Admito que parece hasta cierto punto un argumento romántico, un argumento individualista. Pero, si bien es cierto que el conocimiento se adquiere con fines prácticos por lo general, no se reduce a un fenómeno utilitario, porque si no, si se confunde una posición político-ideológica con un utilitarismo mal disfrazado, estamos dañando precisamente el método científico, el método si se quiere dialéctico, o cualquier otra definición del conocimiento científico. El deseo de conocer simple y sencillamente por el placer que causa el conocer y el comprender tiene un valor

humano, tiene un valor si se quiere suprahistórico, no evidentemente ideológico, un valor que escapa a todo condicionamiento de época, de clase social, de estructura política, y que es una condición y herencia universales.

Es por ello que yo estimulo, avalo investigaciones de la Grecia Antigua aunque no tenga nada que decirnos directamente sobre cuestiones de relevancia contemporánea, de igual manera que creo que es inválido decir que el conocimiento de las épocas recientes es suficiente para nuestras tareas inmediatas. Me parece que el conocimiento es algo que tiene valor supra-histórico, supraclásico, no en el sentido de estar fuera de la historia y sus condicionamientos, no, pero sí de tener una validez humana sin distingos. Es por eso, será por lo romántico, que yo creo que el conocimiento de las épocas anteriores es absolutamente fundamental, para humanizarnos, por cuestión de estética más que estrechamente política o histórica, no para ser más eficaces o útiles para cualquier banda política o prescripción para el futuro.